

Redacción y Administración: Plaza de San Ildefonso, 1. Apartado en Correos n.º 336.

✻ El cortijo fatal ✻

El término comunal de Quincy-Ségy, departamento de Seine-et-Marne, está en los momentos actuales en una constante conmoción.

En dicho término se halla enclavado el «cortijo fatal», que, como su nombre dice, recuerda á los habitantes mil hechos desagradables.

No hay generación en la que no ocurran en el «cortijo fatal» algunos asesinatos, suicidios ú otras desgracias.

Por tan desagradables antecedentes, más que cortijo es un caserón casi en ruinas y poco menos que abandonado.

Habitaba una pobre viejecita de ochenta años de edad, con las cortas rentas que aquello produce, que la pagaban sus nietos y bisnietos. La vida que hacía era bien miserable, por lo que, dentro de la escasez, se había hecho sus economías la octogenaria viuda Vérité.

Estos ahorros han excitado la codicia y han sido el móvil para que hoy se reproduzca en aquella comarca el suceso espeluznante que fatalmente de tiempo en tiempo ha de suceder. La otra mañana no se la vió salir á la hora acostumbrada, y no dejó de causar extrañeza, porque la viuda Vérité era un cronómetro.

Una nietezuela que venía á verla á eso del medio día, vió



que por las ventanas salía humo. Alarmada pidió socorro, y las gentes de las inmediaciones se apresuraron á dársele.

Violentada la puerta, se vió á la viuda que yacía en el suelo sin vida

La vista de la vivienda denotaba, sin embargo, que allí había sucedido una violenta lucha. La naturaleza vigorosa de la vieja necesitó, para ser vencida, no escaso esfuerzo.

Pero algo hizo comprender bien pronto lo horrible que debió ser la muerte de la anciana.

Había sido abominablemente triturada antes de estrangularla.

Sus manos y sus pies, así como partes muy localizadas de su cuerpo, estaban tostadas. Era evidente que se la quemó las manos, los pies y diferentes regiones de su cuerpo.

El objeto de este tormento fué, sin duda, descubrir el paradero del dinero.

Cuando ya lo hubiera dicho, procedería á matarla el criminal.

Todo lo confirma la desaparición del portamonedas con el dinero y el hallarse violentados todos los pocos muebles que allí había.

Para borrar las huellas del crimen prendió el criminal fuego á la cama, con intento de que propagándose á la casa y sobre todo al cadáver, quedara éste carbonizado.

El juzgado de Meaux previno, telegráficamente, que se hiciera una información muy activa sobre el propio terreno, la que dió por resultado el arresto de dos de sus bisnietos.

Que recuerden los de la generación actual, en el «cortijo fatal» han muerto tres hombres asesinados; el marido de la actual víctima se suicidó hace seis años, un hijo se ahorcó y un yerno se asfixió. Bien justificado está el fatídico título de «cortijo fatal».



De la ternura á la venganza.



El tránsito de un sentimiento á otro tan distinto lo ha efectuado una mujer llamada Outters.

El teatro del suceso ha sido Dankiok.

El marido de ella llegó á su casa perturbado por el alcohol, entablándose entre ellos una discusión acalorada, más bien que una pelea.

La esposa con sus súplicas quería sólo refrenar al beodo, y su primer intento, por tanto, no pudo ser más tierno ni más noble.

Pero veamos cómo se sucedieron los hechos.

Ya casi apaciguado, por algunas incoherentes palabras del borracho, cayó en cuenta la esposa de la infidelidad de su marido, cosa que de tiempo atrás venía ella sospechando, sin que nunca lo hubiera podido confirmar.

Los celos nublaron la inteligencia y el buen instinto de la mujer, y en un momento sufrieron sus sentimientos transformación radical.

Sintió deseos de venganza, y como los sintió, procedió sin perder momento á ponerlos en práctica.

La ocasión se le brindó magnífica. El marido roncaba en la cama, con un sueño profundísimo, producido por los vapores del vino.

Sobre la marcha llegó á la cocina, encendió lumbre, puso en ella una gran olla con grasa y avivando nerviosa el fuego, pronto la vió hervir.



Llegóse á la cabecera de la cama y comprobó que su marido estaba dormido y que lo estaría por muchas horas.

Hay que notar que para más saborear la venganza había fingido al marido un perdón que, estando bien lejos de sentir, contribuyó á que el marido se confiara y se durmiera pesadamente.

Regresó á la cocina y cuando más hervía la grasa la retiró del hogar, cargando con la olla hasta la alcoba y confirmando cautelosamente que dormía su presunta víctima, le echó por los ojos toda la grasa hirviente.

El dolor intenso que le produjo la quemadura le hizo arrojar de la cama y revolcarse en el suelo, dando al mismo tiempo desgarradores lamentos.

A los gritos acudió la vecindad, que le prestó socorro; pero los médicos han declarado que los ojos los tiene completamente quemados y que su ceguera es inevitable.

La mujer se muestra satisfecha de su venganza, concebida en momento tan fatal y con toda seguridad realizada.

Un cochero atacado por sus clientes.

Hace muy pocos días pasaba por la plaza de la República, en París, un coche conducido por un cochero de punto.

Llamado éste por dos individuos, le alquilaron el carruaje, haciéndose conducir á la Chapelle.

Lo mismo fué llegar á este punto que saltar á tierra uno y otro de los dos amigachos, y cogiendo al cochero por las piernas, le derribaron.

Ya en el suelo se ensañaron en él de tal forma que

los golpes que recibió hacen temer por su vida, pues su estado es de suma gravedad.

Entonces le metieron en el mismo coche y allí dentro le robaron su dinero y sus efectos, abandonando al desgraciado Mateo Biez, que tal es el nombre del auriga.

Si dijéramos que los criminales no habían sido habidos, se sospecharía que el suceso había ocurrido en la propia corte de las Españas, y si añadiéramos que ni se sospecha quiénes puedan ser, entonces ya no cabría duda á muchos. Pues bien, con la una y la otra circunstancia, la cosa ha sido en el propio París, que tal anda la seguridad pública en todas partes.

Asesinato alevoso.

Cerca de Coussae Bounval (Haute-Vienne), un propietario, llamado M. Laversange, regresaba tranquilamente a su casa, después de haber efectuado sus quehaceres en las inmediaciones.

De pronto, de un paraje oculto saltó sobre él, como una fiera en acecho, un hombre cuya personalidad no se ha podido comprobar.

Armado de un hacha de grandes dimensiones descargó sobre él cuantos golpes quiso el asesino.

Juzgándole muerto, se alejó.

Al poco, M. Laversange se reanimó y no sin grandes



esfuerzos, fáciles de comprender, se incorporó, y arrastrándose como pudo, llegó hasta las proximidades de una pequeña aldea, donde fué debidamente asistido.

Todo en vano. Las heridas fueron tantas y tan grandes y la hemorragia tan copiosa, que falleció a las pocas horas.

Murió, como decimos; pero sin poder ó sin querer dar el nombre de su matador.

La educación del niño.

A nuestros lectores les consta que hace mucho tiempo que este tema ha sido nuestro preferente.

Mucho antes de que se hiciera más público el deseo de los Gobiernos de educar al niño para formar al ciudadano, ya el Museo Criminal estudiaba esta cuestión, concediéndole la gran importancia que sin disputa tiene.

¿Qué otra cosa es si no el presupuesto de cultura de Barcelona, con el actual problema planteado con su aspecto político, porque en España todo ha de hacerse político?

Alemania, que se duele de su criminalidad, ha estudiado la cuestión y llevado a la práctica su resultado, almontando esas escuelas al aire libre, en las que por algunos céntimos al día se educa a los niños en el campo, adonde son llevados por los ferrocarriles gratuitamente.

Allí, sin distinción de sexos hasta edades un poco

crecidas, los niños conviven y reciben una educación sólida, práctica, nada gazzmofia, económica y saludable.

Claro es que la educación del niño cada pueblo entiende que debe ser con arreglo á sus prejuicios y á sus creencias. No puede menos de estar influenciado.

Hay pueblo que á todo trance separa los sexos desde la pila bautismal; en los paseos, en los espectáculos, en las reuniones y, de poder ser, hasta en el teatro y en los toros.

Otros no ven nada pecaminoso en la convivencia, y los resultados son: tenerse en esto más respeto al sexo débil por el fuerte, y leyes en armonía con las costumbres, que contrastan con las licencias que se permiten donde se separan las niñas y los niños al destete.

El problema es arduo y de difícilísima solución, porque afecta á lo más hondo del corazón.

En España, aunque de soslayo, se ha presentado esta cuestión en Barcelona, y nada de extrañar sería que apareciera en otras capitales. Es la cuestión batallona; veremos cómo nos la resuelven.

"El Francés,, era un niño de teta.

El tristemente famoso huerto del Francés, de Peñafiel, comparado con otro que tienen en los Estados Unidos, es una sacristía ó un locutorio.

La Unión no se deja eclipsar por nada ni por nadie. En el Estado de Indiana, en una granja situada en el término de Laport, se han perpetrado crímenes horribles y numerosos tan crecidos, que aún se desconoce su importancia.

Vivía en la granja una viuda con tres hijos, mistres Guinness, y en un principio se creyó que los cuatro habían perecido abrasados. Entre los escombros se encontraron, efectivamente, los cadáveres de tres niños y de una mujer sin cabeza, todos ellos carbonizados.

Desde luego se comprendió que el incendio había sido intencionado, y como sospechoso se prendió á un mozo de labranza, llamado Lamphere. Protestó de su inocencia; pero por algunas indicaciones de sus declaraciones se hicieron excavaciones en el corral, y fueron descubiertos los cadáveres de tres hombres, de una mujer y una niña.

Posteriormente se han ido descubriendo otros cadáveres. Unos han sido identificados y otros no.

Resulta de las averiguaciones, que la Guinness mató á su primer marido para entrar en posesión de su herencia y después se dedicó á atraer á los hombres, bien por sí ó por medio de sus hijos, para matarlos y robarlos.

Otra víctima fué su hija adoptiva, que poseía una regular fortuna.

Entre lo que va pasando por más cierto, figura que la Guinness, creyéndose vigilada de la Policía, ha emprendido la fuga y ha incendiado la granja, ocultando previamente el cadáver de su última víctima, para que se crea que ella misma ha perecido.

Por de pronto, el cadáver de mujer hallado está decapitado.

La Policía sigue las gestiones para dar con esa fiera, si es que se ha escapado. Al mismo tiempo se siguen las excavaciones y registros en la granja, que constantemente dan por resultado hallarse más cadáveres.

La histórica justicia también ha cometido sus crueldades. Cuando se sentenciaba á durísimas penas á los que no querían hablar ante los Tribunales de justicia, se martirizó y hasta se mató á muchas personas que eran mudas.

Son muchos los casos en que los fotógrafos han sorprendido delitos al revelar sus placas fotográficas; no faltan tampoco casos en que han probado la inocencia de alguien que era tenido por culpable.

✧ Centenario de la independencia. ✧



Lucha del pueblo contra los mamelucos en la Puerta del Sol.—Grabado de la época.
(Cliché de *El Mundo Militar*.)

A epopeya que supo escribir España con la sangre de sus hijos durante los primeros años del pasado siglo, dió al traste con el poder de Napoleón.

Nadie podía sospechar que el levantamiento del pueblo madrileño el día 2 de mayo fuera el prólogo de la gran obra de justicia y de humanidad cuyo epílogo se escribió en la isla de Santa Elena.

Cuando una nación se levanta en armas contra un invasor mucho más poderoso que ella, vencer le tiene mérito; pero cuando el que se lanza a la lucha es un pueblo inerme y pobre, entonces el intentarlo siquiera es épico, y el conseguirlo, un increíble.

Carlos IV llevó a su nación al último grado de rebajamiento, de aniquilamiento y de pobreza. El inmenso poderío colonial que aún conservaba España, aparte de sernos gravoso, era nuevo motivo de indefensión, por las codicias que despertaban nuestras Indias.



Fusilamiento de la Moncloa en la noche del 2 de mayo a la luz de un farol.—Cuadro de Goya.

(Cliché de *El Mundo Militar*.)

La invasión fué mansa y arte ra, el francés encontró la frontera abierta porque se hizo pasar por aliado.

La propia capital de la nación los acogió como amigos; pero bien pronto se percató de que había abrigado en su seno á un enemigo.

La parte de la familia real que quedaba en España iba á ser conducida á Francia, para hacerla prisionera del caudillo corso.

El instinto popular vió más claro que el escaso talento de los gobernantes, que ese es nuestro sino.

La lucha entablada á la puerta del palacio entre el pueblo sin armas y las mejores tropas napoleónicas, cundió como un reguero á la Plaza Mayor, á la Puerta del Sol y al parque de Monteleón.

Aquí no vamos á hacer una descripción.

De nada sirvió su valor á Daoiz, á Velarde ni á Ruiz; poco importó la temeridad de Malasana y la audacia de majos y chisperos. El final fué el que debía ser. Sojuzgado el pueblo de Madrid, al día siguiente empezó el general francés á fusilar hombres y mujeres.

Los grupos de víctimas se retiraban con prisa para que les reemplazaran otros.

De día y de noche se oían las descargas; cada una indicaba que muchos generosos y confiados madrileños habían sido arcabuceados.

El alcalde de Móstoles propagó la noticia por la Península, y su lacónico parte encendió en ira á la nación. Aquel



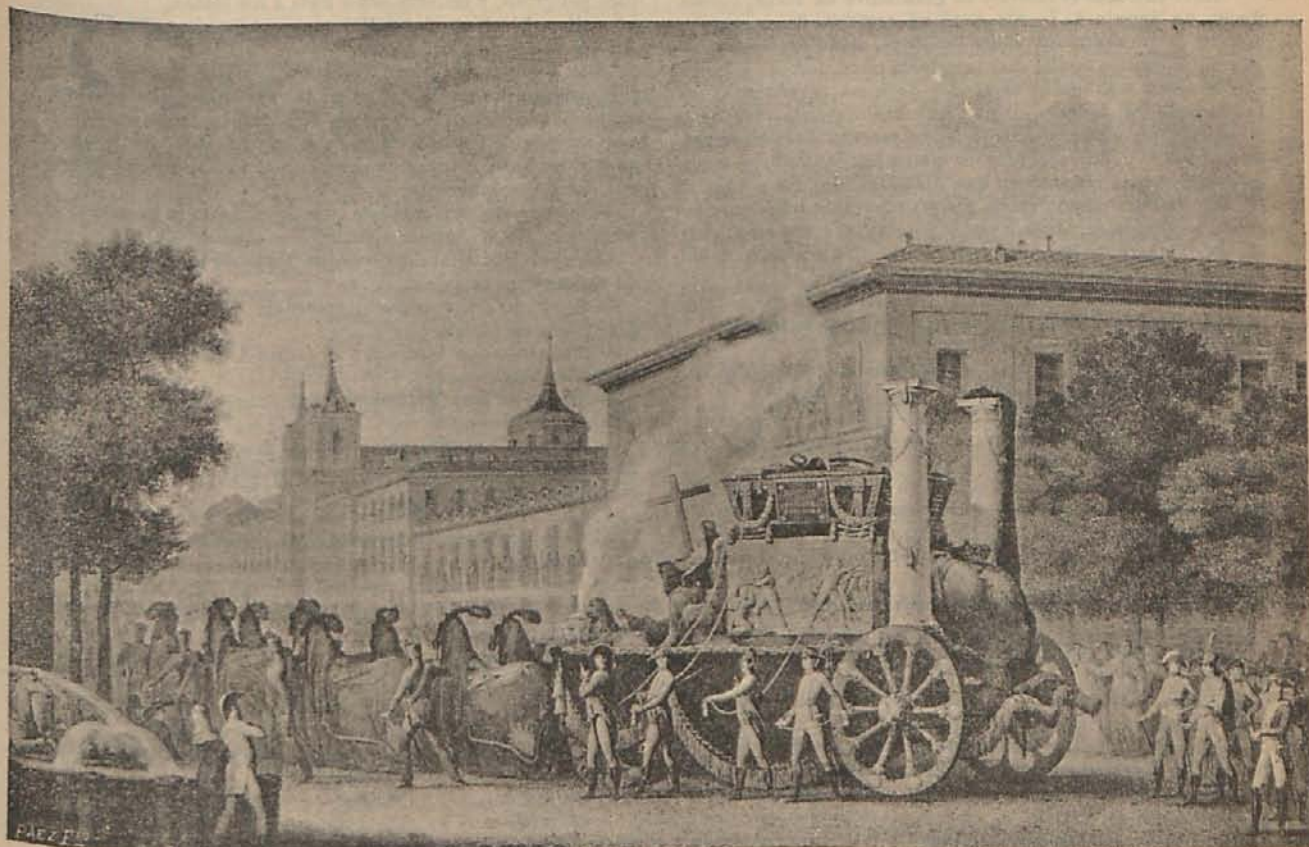
Un oficial polaco asesina á Velarde por la espalda. — Dibujo de A. Meléndez. — Episodios Nacionales. (Oliché de El Mundo Militar.)

día se jugó la suerte de Napoleón. El lo quiso: procedió como traidor, y el pueblo español, que todo lo perdona, no tolera la traición.

La página de Bailén, que no tardó, anubló el brillo de las armas imperiales.

La altivez de Murat y su osadía fueron humilladas en la persona de Dupont y el daño lo recibió su amo y señor.

Un siglo ha pasado, y nuestra generación ha honrado la memoria del luctuoso día del 2 de mayo de 1808.



Solemne traslación de las cenizas de Daoiz y Velarde. — Grabado de la época. (Oliché de El Mundo Militar.)

CUÁN buena sois, Culebrina!—respondió Esteban.

—Tranquilizaos—dijo ella en voz baja—; de otro modo bailaremos dentro de ocho días, porque yo también estaré, yo también... Pero, comed, pues—prosiguió—, y no hablemos más de esto; mirad, aquellas serenas están celosas de veros conversar conmigo.

Desapareció la cena con maravillosa rapidez. Don Rodrigo comía como un gitano y decía chicoleros á las muchachas, y don Gimeno reía á más y mejor con una serena muy linda, la cual de buena gana hubiese cambiado su guapo por aquel hermoso señor vestido de terciopelo.

Nadie dudaba que aquella aparente alegría ocultaba una conspiración.

Pero luego que Mandamiento vió que se había concluido la cena, hizo una señal, y su rostro, poco antes jovial, se volvió imponente y severo. Todos los garduños se levantaron como un solo hombre y cada uno se dirigió al punto que le habían indicado las órdenes recibidas.

XXXII

La conjuración.

Ya sólo quedaban en el palacio de la Garduña el maestre, el alguacil, Manolina, la serena y los tres señores.

Algunas antorchas se apagaban lentamente, la inmensa sala se volvía más oscura, y la noche, adelantada, daba aún más solemnidad á aquella misteriosa reunión.

Eran las dos de la madrugada.

Abrió entonces el maestre un gran cofre de roble, colocado en un ángulo de la sala, sacó un registro de pergamino amarillo y grisento, un vasito de plomo lleno de tinta y una gruesa pluma de águila mal templada; cerró después el cofre, que le servía á la vez de armario y de mesa, y colocados sobre la tapa los diversos objetos que había sacado, fué hasta la puerta para asegurarse de si estaba cerrada. Indudablemente el pasador de la cerradura no estaba bien entrado en su encaje; pues en el instante en que Mandamiento iba á empujar con su vigorosa mano aquella pesada puerta de roble para cerrarla enteramente, abrióse por sí misma, y entró en el palacio de la Garduña un nuevo personaje, que era José, quien, avisado por Coco, había acudido á esa reunión.

A la vista del joven dominico, Esteban dió un grito de rabia; y volviéndose hacia el alguacil, le dijo con voz sorda:

—¡Tú me has vendido, miserable!

El alguacil, sin turbarse lo más mínimo, respondió con tono sumamente tranquilo:

—No, señor; yo no os he vendido.

Había tal expresión de verdad en la fisonomía de Coco, que Esteban se inmutó.

Ignorando Mandamiento el motivo de esta visita nocturna, recibía al dominico con todo el respeto debido al favorito del inquisidor general.

—¿Qué desea su reverencia?—preguntó por fin el maestre, algo alarmado.

—Hablar á estos tres señores—respondió José.

Mandamiento frunció las cejas.

—¿Qué quiere este fraile?—preguntó en voz baja Valero á Esteban.

—Ahora lo sabremos—contestó el joven conde, y diciendo esto, adelantóse hacia el joven religioso.

Tendióle José amigablemente la mano; pero rehusóla Esteban, quien, lanzándole una mirada, le dijo:

—No os bastaba haberme vendido, sino que queréis también perderme, ¿no es verdad?

—Yo no os he vendido—respondió José en tono dulce y triste—; vengo á consolaros y ayudaros.

—¿Pero Dolores?—prosiguió Esteban cuyos celos se desper-



taban cruel é intensamente á la vista de aquel de quien sospechaba—; ¡Dolores! ¿qué habéis hecho de ella?

—Dolores os será entregada sana y salva continuó el dominico.

—Sí, porque yo la libtaré; yo—exclamó Esteban con impetuosidad—; vuestras perfidias ya no me engañan, padre José, y si yo quisiera en este momento—prosiguió con amargura—, ¡si yo quisiera!... Oid, padre José, vos habéis sido imprudente... ahora somos aquí cinco contra vos, y estos hombres me son adictos.

—La prueba de que no os temo—respondió José—, es que he venido, y que he venido solo. Si os hubiera vendido, ¿por qué os buscaría? ¿qué necesidad tengo de vos? Creedme, Esteban, no desconozcáis á vuestros verdaderos amigos; necesitáis su socorro, y os lo ofrecen con toda la sinceridad de su alma.

—¡Vive Dios!—exclamó repentinamente Rodrigo—, este es el joven religioso que el otro día me libró del furor de sus cofrades.

—Reverendo padre—continuó acercándose á José—, permitidme que os agradezca el socorro que me disteis dos días ha en la taberna de la «Buena Ventura». He recobrado toda mi razón—añadió sonriéndose—, y desco probároslo, hermano mío.

—La razón no consiste en decir cosas sensatas—respondió fríamente José—, sino en decir las á su tiempo y á propósito; cuando se siembra sobre la piedra, las aves del cielo comen el grano, y nada produce al que lo ha sembrado. Vuestras declamaciones os harán quemar vivo, creedme.

—No se atreverán; la Inquisición me cree loco.

—La Inquisición podría por fin apercibirse de que sois un loco peligroso, y trataros como trata á los sabios.

—¡Pues bien!—exclamó Valero—, ¿qué me importa? El martirio es una gloria hermosa.

Por segunda vez desde que conocía á José, Esteban había sido vencido por aquella sencillez tan verdadera, por aquel encanto de atracción que respiraba en todas las facciones del joven religioso. Tendióle la mano á su vez, con aire franco y amigable; tomóla José y la apretó con afecto, diciéndole con voz dulce y encantadora:

—Seamos amigos, creedme... amigos hasta la muerte... lo merezco... Un día tal vez apreciaréis mucho á José.

Esteban aún titubeaba, porque tenía dudas, mas después de vacilar unos instantes, dijo:

—Si queréis convencerme, volvedme á Dolores y á su padre, y os creeré.

—¿Pensáis—dijo José—que el Santo Oficio vuelve tan fácilmente sus víctimas?

—No, pero José, el favorito del inquisidor, hace lo que quiere en el Santo Oficio.

—José puede mucho—respondió el favorito—; pero no puede volveros á un hombre á quien han cortado y quemado los miembros.

—¿Qué decís?—preguntó vivamente Esteban.

—Digo que Manuel Argoso sufrió ayer el tormento del fuego y el del agua; digo que es imposible salvarle, pues que no puede andar.

—¡Pero Dolores! ¡Dolores!—exclamó el desgraciado joven con indecible angustia.

—Tranquilizaos con respecto á ella; Dolores no ha sufrido ningún tormento, y yo la libtaré. Si después del auto de fe no la encontráis en casa de Juana, haced de mí lo que queráis, don Esteban... Yo no soy un adversario muy temible—añadió con ese profundo acento de tristeza que parecía constituir el fondo de su carácter.

—¿Juráis volverme á Dolores?—preguntó Esteban.

—El juramento ha sido inventado por los traidores—respondió José—; yo no juro, os lo prometo.

(Continuará.)

Maldad incalificable.

En Alemania se vienen sucediendo hechos criminales que superan en repugnancia á cuanto se pudiera creer y



Acertó á enamorarse de un pintor ó decorador de fachadas, llamado Johann Flallerung, y los amores terminaron en casorio.

Lo mismo fué casarse que sentir el padrastro un odio indescriptible por las inocentes criaturas.

En aumento siempre tan baja y ruin pasión, decidió matarlos.

Los tormentos más horribles fueron puestos en práctica: golpes, palos y malos tratos á diario y en su odio llegó hasta morder los deditos de la pequeñuela, llenándolos de heridas, que la produjeron dolores sin cuento y desgarradores lamentos.

No por ellos se apiadó el infame, porque para completar su venganza les suministró fósforos disueltos en la leche.

Nada más inhumano, ni más cobarde.

Crimen repugnante.

En Alemania, en las proximidades de Ellvougan (Wietemberg), dos obreros que habían sido amigos, después de un enfriamiento de relaciones, las reanudaron.

Yendo por un bosque, uno de ellos, llamado Muller, se abalazó sobre el otro, Hiebez, y le estranguló. Muller se ensañó en el cadáver y le partió el cráneo.

A la mañana siguiente volvió al bosque, y desnudando el cadáver, se puso á descuartizarlo. Después pretendió enterrarlo, y en esta operación fué descubierto por unos cat. pesinos, que le prendieron, poniéndole en manos de los gendarmes.

Nuestros regalos en el 2.º trimestre de 1908.

Correspondiendo al creciente favor de nuestros abonados, en su obsequio haremos los siguientes sorteos:

Mes de Abril.—Una máquina de escribir, de la Casa Ureña, de esta corte.

Mes de Mayo.—Cuarenta novelas, encuadradas y con grabados, que serán remitidas, francas de porte, a los cuarenta suscriptores á quienes les hayan correspondido en suerte.

Mes de Junio—(Unos décimos de 3 pesetas, correspondientes al último sorteo del mes, que remitiremos uno á cada uno de los cinco abonados que resulten favorecidos.

El sorteo de la máquina de escribir ha correspondido al cabo de la Guardia civil de la Comandancia de Orense, puesto de Castro Caldelas, D. José Gómez Barreiro, á quien se la enviamos franca de porte.

Terminada la interesante obra debida á la inteligente pluma del sargento d. Carabineros de la Comandancia de Guipúzcoa D. José Corrales Blasco, titulada *Hechos notables del Cuerpo de Carabineros*, será bien pronto puesta á la venta, pudiendo dirigirse, quien desee adquirirla, á su autor ó á esta Administración.

En su lugar publicaremos unos pequeños é interesantes tomos de *Diversos conocimientos útiles al hombre apartado de los centros de población*. Estos libritos ayudarán á hacer la vida más llevadera, cómoda y económica, siguiendo sus consejos, á los que, como el carabinero y el guardia civil, viven en muchas ocasiones en lugares desiertos, y no estarán de más á los que habiten en poblados.

Barniz para correajes

DE TODAS LAS ARMAS Y CUERPOS ESPECIALES DEL EJÉRCITO Y DE LA ARMADA É INSTITUTOS DE LA

GUARDIA CIVIL Y CARABINEROS

Especialmente fabricados para cada Cuerpo y reuniendo todos ellos las inmejorables condiciones de fácil y rápido empleo, perfecto brillo, economía en el coste y excelente conservación de las correas, no destiñéndose con la lluvia. *Se usa con pincel y se seca en dos minutos.* Sirva de prueba de lo que decimos

El extraordinario éxito alcanzado por el **BARNIZ AMARILLO** para correajes de la Guardia civil, ensayado y admitido por los señores jefes del Cuerpo y que en todas las Comandancias viene usándose á satisfacción de todos, así como el **BARNIZ NEGRO** aceptado por la *Dirección general del Cuerpo de Carabineros* y de constante uso también para cartucheras y guarniciones del *benemérito Instituto* y demás cuerpos del Ejército que usan el correa negro.

Precio del frasco de amarillo ó negro, con contenido para un año, 1,75 pesetas.

Expediciones á provincias, libres de porte y embalaje, desde 35 frascos en adelante, y en menor cantidad, porte de cuenta del comprador, siendo cuatro frascos el mínimo que se sirve.

Se cobra por cargo.

BARNIZ BLANCO para correajes de *Artillería, Ingenieros, Administración y Sanidad militar*, se usa con pincel y reúne las mismas cualidades del amarillo y negro. Se remiten muestras del barniz blanco á los Cuerpos que las pidan.

ÚNICO DEPÓSITO Y FABRICANTE EN ESPAÑA

== I. RODRIGO ==

90, Calle de Toledo, 90 (frente á la Fuentecilla). — MADRID



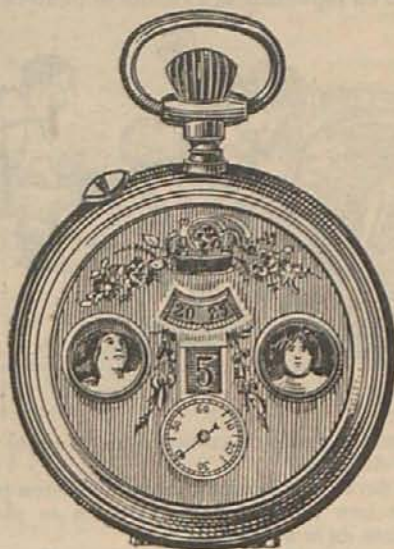
Gran Relojería de París.

LUIS THIERRY, Fuencarral, 59. — Madrid.

Con una fotografía, 33,50 ptas., en 5 ó 6 plazos.



En 5 ó 6 plazos, con dos fotografías, 35 ptas.



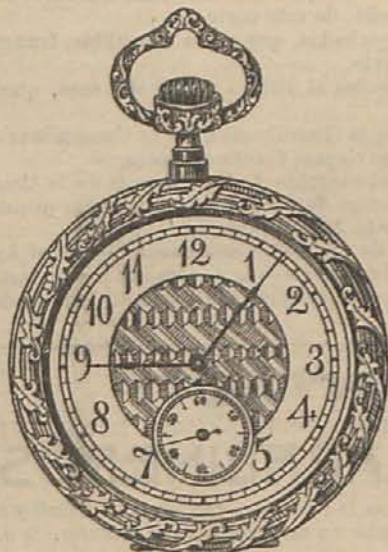
El maravilloso reloj automático.

La última novedad, sin manilla ninguna, marca las horas y minutos con claridad; máquina fuerte, de áncora precisión. Tiene una y dos aplicaciones fotográficas, con cerquillo-medallón, se puede abrir y poner la fotografía que se quiera guardar como recuerdo.

Caja de acero azulado, semiplano, un poco más que el canto de un duro; todas estas combinaciones, forman un conjunto artístico tal, que no hay reloj más bonito que este que presenta el conocido industrial L. Thierry.

Aparte de su belleza artística, es de máquina de precisión y seguridad.

Vista de la esfera.



Vista del dorso.



El Precioso

El conocido industrial Sr. Thierry presenta hoy su nuevo reloj, que seguramente va á obtener en los anales del Arte de la Relojería el nuevo triunfo, por su precio increíble en su baratura.

Dicho reloj es de forma plana casi del canto de un duro, de metal simil-oro, con la tapa completamente esmaltada, con incrustaciones artísticas, también esmaltadas, corona de remontoir chapada oro, ara Renacimiento, magnífica, esfera rica de metal dorada, y máquina fina garantizada. — Se hacen con distintos dibujos

Su precio es de 20 pesetas, pagaderas en 5 ó 6 plazos.

Advertencia. — Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima. — No olvidar de indicar la estación, para evitar errores ó retraso en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 264.